

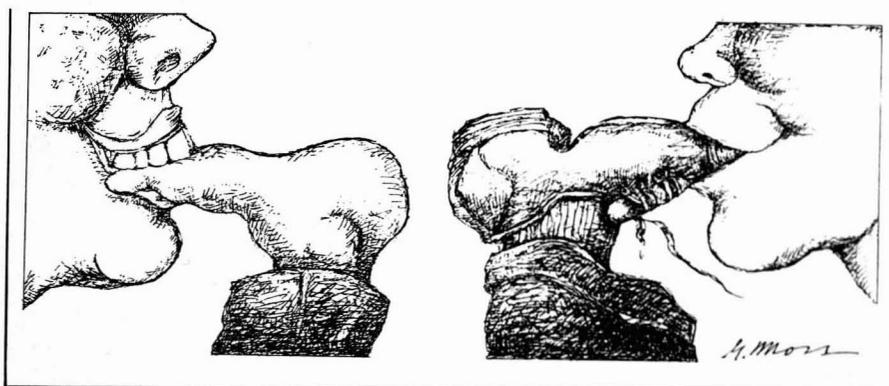
---

Rick DeMarinis

---

# Reina

---



*Rick DeMarinis nació en California en 1934. Tiene publicadas varias novelas, entre ellas The Year of the Zinc Penny, The Burning Women of Far Cry. Entre sus libros de relatos destacan: Under the Wheat y Voice of America; el presente relato está tomado de The Coming Triumph of the Free World. DeMarinis ha publicado relatos en las principales revistas norteamericanas como Harper's, Atlantic, etc. Actualmente es profesor de creación literaria en la Universidad de Texas, en El Paso. Reina es uno de sus primeros textos traducidos al castellano.*

“¿Está bien hecha, está asada lo suficiente para tu gusto?” Por encima de su hombro miró a Page, quien estaba sentado a la mesa, masticando despacio, saboreando la carne. Evelyn miró sobre su hombro una vez más. “Pregunté que si estaba bien hecha, que si estaba asada lo suficiente.” Sus cinco gatos se movían entre sus pesados tobillos, acariciándola. Probó la enorme remolacha para ver si estaba ya cocida. Las piernas le dolían nuevamente. Page se hurgó en la boca como si pescara, y extrajo un pedazo de carne desgarrada. Se limpió los dedos en los pantalones. Cogió otra cerveza del *six-pack* que descansaba junto a sus pies, la destapó y bebió un trago largo. Hacía poco ella se había disgustado con él, y él anunció: “No, ella no es como una madre, pero es una reina caritativa, de todos modos.” Lamentó decirlo. Había dicho que era una broma, resoplando fuerte, con autocomplacencia. Evelyn bebió oporto dulce en un vaso para agua, y ahí en el bar donde él lo había dicho, comenzó a llorar. Acomodó la cara contra el hombro de Page y gimió repetidamente, cada vez más fuerte, y Page se sintió impulsado a encoger con fuerza su hombro evitando la cara de Evelyn hasta que ésta se detuvo. En el bar algunos sonrieron tolerantemente, otros se inclinaron sobre sus tragos. Ella tenía casi setenta años y su corazón no estaba en buenas condiciones. El oporto, o algunas veces el jerez, la hacían sentirse fortalecida. Estaba orgullosa de sus manos fuertes, y las estrechaba con las de los trabajadores que entraban y salían del bar. Tenía unas buenas manos y le gustaba mostrarlas. La carne colgaba de su cara y era conocida como todo un personaje. Nunca se había casado. Había vivido sola durante

años en una casa pequeña cerca del puente del Ferrocarril, a la orilla de Cutter Creek. El riachuelo va lleno y verdea y estalla contra las grandes rocas en la primavera, pero al término del verano no es más que un hilillo, cubierto de latas oxidadas. Evelyn miró sobre su hombro y observó a Page masticando con lentitud, reflexivamente. Bizqueaba y tenía el cuello rígido mientras saboreaba la carne. Las endurecidas venas de las pantorrillas le dolían. Él la había masajado una vez, cogió el dinero de la caridad, y ella lo perdonó. Está bien, había dicho, lo necesitabas. Él había dicho que era una broma, pero se había escabullido gastándolo todo. Ella probó la enorme remolacha para ver si estaba cocida. Un tren cargado de madera hizo que la pequeña casa saltara. Los platos sonaron en la alacena. El suelo tembló con el ritmo lento del tren. "¿Está bien asada para tu gusto?" Page inspeccionó los bordes de sus dientes con la lengua, y bebió largamente de la gran botella café. Había lamentado decirlo, pero ahora el remordimiento iba opacándose en su mente. Masticó con lentitud la siguiente pieza de carne, saboreándola. Lo dijo una vez más en el taxi rumbo a casa. "No, ella no es como una madre, pero es una reina, de todos modos." Esta vez dejó de lado la ironía, lo dijo fuera de broma, con ternura; la cabeza de ella reposaba en su hombro, y una fuerte mano apretaba la suya. En el bar su ronco lamento fue ruidoso e inconsolable; creció hasta que el sonido astuto de la muerte se arrastró dentro de él. Encogió su hombro contra su cara, hasta que ella se detuvo. En el bar algunos sonrieron tolerantemente. En el taxi había sollozado con modestia, en un eterno femenino. Había enjuagado sus hinchados ojos con un pañuelito de seda, decorado con flores salvajes. Era mucho mayor que Page, quien sólo tenía cuarenta y tres. Eran amigos cercanos desde hacía muchos años, y juntos habían visto días más felices, antes de que la salud de Evelyn comenzara a deteriorarse. Page sabía que ella no viviría por mucho tiempo. Con frecuencia, su corazón dejaba a sus piernas y a sus dedos entumecidos y engarrotados de dolor. En una de esas ocasiones pidió a Page que le masajeara los pies, luego las manos y los brazos. Page accedía con frecuencia, generalmente después de explicar que tenía que hacer primero algunos recados y ver a algunas gentes. Page llevaba años de haber abandonado el oficio de maderero. Una cadena que ataba los maderos a un camión se había roto, astillándole tres vértebras cervicales. El ritmo en que rodaba el tren maderero trajo a su memoria el dolor en el cuello. El sabía que había tenido que decirlo en el taxi una vez más, y lo dijo con firmeza. Tiernamente, pero con dignidad masculina. Antes había dicho que se trataba de una broma. El taxista había vuelto la cabeza, pero no completamente, luego miró por el espejo retrovisor. Page sabía que esto ocurriría, pero de cualquier manera lo dijo una vez más. "No, ella no es como una madre." Entonces hizo una pausa, atrayendo la atención del taxista y de Evelyn. Entonces dijo: "pero es una reina, de todos modos." Evelyn se volvió desde la estufa: los ojos devorados por la carne que los rodeaba, el cutis transpirando a través del maquillaje rosado. "¿Está bien hecha, está asada lo suficiente?" La boca de Page estaba llena. Agitó los restos de la cerveza hasta que estuvo espumosa en la botella café. Alzó la vista hacia Evelyn, levantó las cejas como si fuera a hablar, pero sólo el murmullo de un eructo salió de su garganta. Bebió el resto de la cerveza, humedeciendo la masa de carne y pan que aún tenía en la boca. Los cinco gatos de Evelyn se restregaban contra sus gruesas piernas, algunos arqueándose ligeramente, las bocas rosas suplicantes. Él había cogido el dinero de la caridad una vez, pero ella lo perdonó. Lo necesitabas, Page. Él había dicho que se trataba de una broma, pero lo había gastado todo. Ella probó la enorme remolacha para ver si estaba ya cocida. Page se hurgó en la boca, como si pescara, y extrajo un pedazo de carne desgarrada. En el taxi ella había dicho que no sentía las piernas. El taxista había echado un vistazo hacia atrás, impaciente por terminar el turno de la tarde. Page había visto cómo los nudillos de Evelyn se volvían blancos al apretar el pañuelito decorado con flores salvajes amarillas, azules y moradas. Page dijo: "Hace diez años yo tenía treinta y tres." El taxista y Evelyn lo miraron. El lento taxímetro marcó. El taxista y Page ayudaron a Evelyn a entrar en la casa. Evelyn, con la edad, pesaba más. Entraron de lado: el taxista, Evelyn, después Page. La acomodaron en el sofá, se hundió en el descolorido tapiz, suspirando, luego tosiendo. El sonido astuto de la muerte crujió en su pecho. Page pagó al taxista y el hombre salió, dejando que la



puerta se azotara. Había sido un momento de alarma para Page cuando Evelyn pareció quedarse sin vida. La cabeza hacia atrás en el sofá, los ojos empañados por las lágrimas, fijos en la distancia. Page escuchó un delgado crujir en el pecho de Evelyn. Recordó el lejano crujir de la cadena que serraba en los árboles. Evelyn metió un tenedor en la enorme remolacha. Miró a Page sobre su hombro. Sus gatos se le restregaban en las piernas, las colas levantadas y estremecidas. Page alzó la vista de su plato, bizqueando. Agitó el resto de la cerveza hasta que estuvo espumosa en la botella café. Lamentó haberlo dicho. Nunca antes había dicho nada parecido. Y cuando Evelyn le había pedido que masajeara sus piernas, él dijo que sí lo haría y que no tenía ninguna cosa importante más que hacer. Ella alzó la vista hacia él, desaparecido ya el delgado crujir en su pecho, los ojos pequeños, pálidos y acuosos. Flotaba en la habitación una neblina acre proveniente de los desportillados quemadores. Él se arrodilló y le quitó los zapatos. Los pies de Evelyn estaban hinchados y doloridos; amarillos los viejos dedos. Evelyn se inclinó hacia atrás sobre el descolorido tapiz y cerró los ojos. Su cara estaba relajada, en un eterno femenino. Era el fin del verano. La casa retenía el calor del día, y lo prolongaba a lo largo de la noche. La delgada cinta de agua llamada Cutter Creek murmuró apagados sonidos contra las enormes rocas que bordeaban su lecho. El aire estaba pesado y no se movía. "Pregunté que si estaba bien hecha, que si estaba asada lo suficiente para tu gusto." Page inspeccionó con la lengua los bordes de sus dientes. Bizqueó con el cuello rígido mientras saboreaba la carne. Bebió de la blanca cerveza. Lamentó haberlo dicho. Nunca antes había dicho nada parecido. Y cuando ella le pidió que masajeara sus piernas, él había accedido. Sus manos estaban duras por los años de trabajo como maderero, y masajéó las venosas pantorrillas con gran suavidad. Evelyn se inclinó hacia atrás sobre los cojines y cerró los ojos. A lo lejos, en algún lugar, una sierra atronó. Ella alargó una mano y tocó la cabeza de Page y hundió los dedos en su cabello. Estaba orgullosa de la fuerza de sus manos. Tenía muy buenas manos y le gustaba mostrarlas. Había estrechado las manos de los trabajadores que entraban y salían del bar. Era conocida como todo un personaje. En el bar algunos sonrieron tolerantemente, otros se inclinaron sobre sus tragos. Apretó los dedos sobre el pelo de Page y atrajo la cara hacia su regazo. Page emitió un suave murmullo. Eres un vivales, le dijo, sin rencor. El cuello de Page estaba rígido. Evelyn miró a Page, después probó la enorme remolacha para ver si estaba ya cocida. Sus cinco gatos se restregaban en sus piernas, acariciándola. Antes él había dicho algo de lo que ahora se arrepentía. Evelyn atrajo la cara de Page lentamente hasta su regazo. Page agarró las pantorrillas de Evelyn y masajéó los duros nudos de venas azules. Sobre su hombro, Evelyn miró a Page. Page estaba sentado a la mesa. La había masajeadado una vez. Había sido una broma. Eres un vivales, le dijo. El se hurgó en la boca como si pescara, y extrajo un pedazo de carne desgarrada. Ella tenía muy buenas manos. Le gustaba mostrarlas. Sus dedos se movieron con fuerza en el cabello. Nunca antes él había dicho una cosa parecida. Está bien, lo necesitabas, había dicho ella. Miró sobre su hombro a Page. Page alzó la vista hacia ella. Agitó la cerveza hasta que la hizo espumear. "¿Está bien hecha, está asada lo suficiente para tu gusto?". ◇

